

Francisco Sánchez-Blanco

LA ILUSTRACIÓN  
Y LA UNIDAD  
CULTURAL EUROPEA

Fundación de Municipios Pablo de Olavide

y

Marcial Pons Historia

# ÍNDICE

## INTRODUCCIÓN, 9

## CAPÍTULO I. UN ESPACIO CULTURAL COMÚN, 17

1. LOS CIRCUITOS CONTINENTALES DE LA INFORMACIÓN, 17
  - 1.1. *Academias y tertulias*, 17
  - 1.2. *Periódicos*, 25
  - 1.3. *Universidades y nuevas instituciones docentes*, 38
  - 1.4. *Diplomáticos, religiosos, militares y mercaderes*, 51
2. CAMBIOS SOCIALES, 55
  - 2.1. *Costumbres*, 55
  - 2.2. *Artes*, 66
  - 2.3. *Viajes*, 72

## CAPÍTULO II. OPCIONES POLÍTICAS, 79

1. MONARQUÍAS Y REPÚBLICAS, 79
2. CIENCIA CAMERALISTA, 92

## CAPÍTULO III. EL SABER SOBRE EL MUNDO Y EL HOMBRE, 107

1. CIENCIA, 108
2. ÉTICA, 117
3. SOCIEDAD E HISTORIA, 133

## ÍNDICE

### CAPÍTULO IV. LA ILUSTRACIÓN Y LAS IGLESIAS CRISTIANAS, 145

1. LA ILUSTRACIÓN, ¿ANTICRISTIANA, CRISTIANA O CATÓLICA?, 146
2. INFLUENCIA DE LA ILUSTRACIÓN EUROPEA EN LAS INSTITUCIONES ECLESIASTICAS, 162
3. CONFLICTOS ENTRE EL CLERO Y LOS POLÍTICOS, 167
4. DISCUSIONES ENTRE TEÓLOGOS Y FILÓSOFOS, 171
5. TOLERANCIA, 197
6. MITO Y FE, 208

### CONCLUSIÓN. ILUSTRACIÓN Y PODER, 223

### BIBLIOGRAFÍA, 229

### ÍNDICE ONOMÁSTICO, 233

# INTRODUCCIÓN

ESTAMOS HABITUADOS A LEER HISTORIAS NACIONALES, regionales y locales como si esas fronteras fueran válidas para una historia de la cultura. La vista parece que se ha adaptado a esa distancia. Autores y lectores se recrean buscando el pasado de personas, edificios u otras cosas que observan en su vida cotidiana. El entorno es familiar y, por eso, conocido, lo que le confiere un aire real. La finalidad de las historias tiene algo de recreativo y turístico. En el extremo opuesto se hallan esas clases universitarias sobre la Historia Universal o sobre Filosofía de la Historia. En la primera, lo «universal» se entiende muchas veces como acumulación de historias particulares, donde los imperios y naciones permanecen como compartimientos estancos. En la segunda se especula sobre los movimientos históricos: si siguen los dictados de una providencia u obedecen a la lógica del espíritu. Lo «universal» apunta a oscuras leyes que afectan a todas las civilizaciones del planeta, como la «*translatio imperii*» de Oriente a Occidente, para dar razón del paso de la supremacía de una nación a otra según un desplazamiento geográfico, o los «*ricorsi*», propuestos por Giambattista Vico para explicar los intervalos de decadencia y apogeo de los Estados. En algunos casos, lo universal se confunde con una especie de filosofía de la historia. Allí se comenta

el discurso de Bossuet donde expone la historia de la humanidad como un proceso educativo o una instrucción moral impartida por la Providencia o la tesis de Kant que describe una especie de camino hacia la realización de un orden jurídico internacional. En esta preocupación por la historia universal se integran los intentos de encontrar una fórmula matemática o una curva para dar razón de los altibajos que afectan a las naciones.

Los que cultivan una historia marcada por un espacio geográfico reducido tienden a confundir un periodo de tiempo, el siglo XVIII, con un proceso cultural como es la Ilustración. Utilizan el término de «ilustrado» de forma muy genérica para dignificar a algunos personajes de la historia local o regional y así disponer de una especie de santoral de la modernidad. Esas historias suelen adolecer de un limitado campo de ideas y de una mayor imprecisión y falta de crítica, porque, además, sus autores parecen obligados a convertirse en panegiristas de sus paisanos. De ahí que se haya buscado la salida de hablar de «ilustraciones» en plural, lo cual permite sortear problemas filosóficos y utilizar el término «ilustración» como el de «progresista» o «culto» sin entrar en más detalles.

La historia de Europa, todavía ausente en muchos planes de estudio, intercalada entre la universal y la nacional, tiene unos fines modestos, por intermedios, y no necesita bucear en ese turbio nivel de leyes subyacentes, manteniéndose dentro de datos perfectamente empíricos, analizando periodos temporales relativamente abarcables y relaciones documentables que amplían algo más el marco geográfico y, sobre todo, el ideológico, mirando más allá de los tópicos del casticismo.

No se debe pasar por alto que Europa forma un espacio o un horizonte cultural común, aunque no esté basado en una sola lengua o en una estructura política particular, como en tiempos de

los romanos o de la cristiandad medieval. Las historias «nacionales» resultan opacas y oscuras si se tapa la luz que les viene del exterior. Sin la amplitud europea no se pueden comprender épocas como la Edad Media o el Renacimiento en ningún país concreto y esto es mucho más válido en el caso de la Ilustración, puesto que ni las universidades medievales ni el movimiento humanista alcanzaron una dimensión territorial, social e intelectual semejantes a la difusión de las Luces en el siglo XVIII.

La «ilustración» que entonces tuvo lugar marcó un rasgo distintivo en la cultura europea, como lo fue la herencia grecorromana o el cristianismo. Es más, ese concepto se convierte en la señal de identidad más importante de Europa. Otras civilizaciones o países que no han pasado por el proceso de la «ilustración» dieciochesca mantienen hoy grandes diferencias religiosas y políticas con el mundo occidental.

Nos hallamos, pues, con un fenómeno característico de Occidente (Europa y las Américas) que rebasa cualquier límite nacional, por mucho que algunos hablen en plural de «Ilustraciones» inglesa, francesa o alemana, desatendiendo las ósmosis y los condicionamientos recíprocos que hay entre ellas. Desde Estocolmo a Nápoles y desde Londres a Moscú no hay región a la que no lleguen las Luces, ni grupo social que no participe de ellas. No es un fenómeno que afecte exclusivamente a círculos eruditos, como es el caso del Humanismo renacentista. Artesanos, políticos, literatos, comerciantes, labradores, nobleza y clero, todos colaboran en esa labor de iluminar su propia área de actividad.

¿Cómo es posible delinear un fenómeno tan complejo en un espacio tan amplio como Europa sin acudir al método de una enciclopedia? Tanto George Gusdorf como Franco Venturi y su discípulo Vincenzo Ferrone, después de exponer una serie de conceptos (felicidad, progreso...) en los que se habría con-

cretado la común Ilustración, han subrayado el aspecto internacional, pasando revista a los distintos espacios geográficos de la Ilustración. El nexo entre lo nacional y lo ideológico no es muy estrecho y, por lo tanto, para aquellos que niegan que en España hubiera Ilustración resulta poco convincente la integración de nuestro país en el movimiento europeo, sobre todo porque a los españoles nos cuesta trabajo alzar la mirada por encima de la barrera de los Pirineos o alargarla más allá de la aridez de los mares circundantes y, en cambio, nos recreamos observando las peculiaridades locales y regionales, intelectualmente más asequibles. Los tópicos se repiten hasta la saciedad y así no hay que habérselas con ideas complicadas que se consideran ajenas a la tradición nacional. La identificación con un árbol, ya sea roble, olivo, ciprés o álamo, enraizados en el terruño se ha llegado a convertir en ideal cultural y político, y algunos dieciochistas, siguiendo esa inclinación, se empeñan en hablar de la Ilustración como un asunto local y, todo lo más, regional. Siguen la coyuntura en alza de una historiografía con apoyo mediático y político que limita la óptica a lo inmediato y, por eso, deja borroso todo lo que no responde a esa reducida identidad. Si se procede a la inversa, la historia local adquiere nueva luz en un marco europeo y la vida intelectual de la ciudad o región recupera una dimensión más amplia y profunda, porque Europa no es un concepto geográfico con unas fronteras bien definidas, sino una realidad cultural que adquiere características especiales en el siglo XVIII.

Antes de dividir el espacio en naciones particulares es preciso contemplar la unidad y las manifestaciones del fenómeno, poniendo entre paréntesis la famosa pregunta acerca de la esencia de la Ilustración que se formularon los alemanes al final del periodo. Indudablemente, la definición kantiana no nos sirve, ya que ella apunta a la emancipación individual, mientras que el pre-

sente trabajo pretende quedarse en el nivel de lo colectivo y de los elementos comunes, dejando a un lado provisionalmente el aspecto de cómo el individuo alcanza la mayoría de edad moral e intelectual. Esto no significa que haya que transigir con aquellos que quieren reducir la Ilustración española a un número de «realizaciones» administrativas, huérfanas de toda idea o filosofía.

Que dentro del mundo cultural europeo hay diferencias y ciertos desfases temporales es evidente, porque la estructura de la sociedad no es igual en todos los países y los protagonistas de las letras, la administración o diplomacia también son distintos. Que el proceso de la Ilustración no sea totalmente homogéneo y unívoco en todas partes no obsta para que sean reconocibles elementos compartidos, no en el sentido de un común denominador, sino en una interacción basada en el conocimiento mutuo y en la influencia recíproca. Todo el mundo admite que en Inglaterra nace un pensamiento en el siglo xvii sobre la ciencia, la religión y la política (Francis Bacon, John Locke, Isaac Newton) que después pasa al continente. Pero no se trata de exponer la influencia de un autor particular (Benedict Spinoza, Voltaire) sobre toda Europa como si fuera una madeja con un solo hilo. Es innegable, y empíricamente observable, el trasvase de ideas a través de los canales por los que circulan informaciones y argumentos, que permiten la difusión de iniciativas y hacen que se sientan las mismas preocupaciones, aunque se den respuestas diversas.

Admitiendo la base de la internacionalidad se puede pasar a los contenidos que se transmiten unos a otros y ver qué opciones políticas están a disposición, qué recetas manejan los gobiernos, qué ideas se discuten en el mundo de la religión, las ciencias y las artes, dando lugar, después, a que aparezcan nuevas instituciones y a un cúmulo de reformas administrativas que afectan a las clases sociales.

El lector español tiene que liberarse de los juicios lanzados por Marcelino Menéndez Pelayo sobre el siglo XVIII español y su presunto y unilateral afrancesamiento, con el subsiguiente lamento por la pérdida de las también presuntas esencias castizas, alérgicas a todo lo europeo. También hay que mostrar cierto recelo al intento de instalar una «ilustración cristiana» en España, distinta a la del resto de Europa. Esto empobrece enormemente el potencial ideológico de la Ilustración, al identificarlo con un renacer del orgullo nacional, refiriéndolo a la tradición humanística del Siglo de Oro, o con un tímido eclecticismo que se limita a poner vino nuevo en odres viejos, algo así como una delgada y pasajera pátina por encima de un núcleo perenne. Aún más parciales son aquellos que reducen la Ilustración al reformismo promovido por los gobiernos y se quedan satisfechos haciendo alusión al progreso que entraña el empedrado de las calles o la construcción de un canal.

No cabe duda de que la Ilustración es algo más que el crecimiento de los conocimientos empíricos sobre la naturaleza y el aumento de la comodidad en la vida cotidiana. En ese periodo se libran debates que afectan muy especialmente a la moral y la religión. Aquí es donde se ubica el núcleo «ilustrado» de la cultura. De hecho, algunos historiadores hablan de «ilustración» no sólo en el siglo XVIII, sino como de un fenómeno recurrente en la historia de la relación entre filosofía y religión. Por ejemplo, se denomina «ilustración» a aquellos conflictos que se crearon en torno a los cambios religiosos en la cultura griega y romana, por ejemplo, la lucha de los filósofos contra el poder de los adivinos o contra la irracionalidad de los cultos dionisiacos, y también determinados movimientos filosóficos medievales, tanto en el ámbito musulmán como cristiano (Averroes, Tomás de Aquino), para lograr una mayor autonomía de la razón dentro del ambiente religioso.

Una cuestión ineludible es, sin duda, la de la relación de las Luces dieciochescas con el cristianismo. No es ningún secreto que, especialmente, la Iglesia católica se mostró refractaria a la Ilustración. Incluso la magnífica exposición de Paul Hazard lamenta en gran medida esa «crisis de la conciencia europea», porque conlleva presuntamente la descristianización de la cultura. Otros más modernos, como Jonathan Israel, confirman esa tesis al decantarse por una forma radical de la Ilustración, que consistiría en un materialismo y ateísmo militantes que entroncaría exclusivamente con Spinoza. No comparto ni la nostalgia del primero, ni la unilateralidad del segundo. El cristianismo sigue existiendo y muchos creyentes, lo quieran o no, así como algunos teólogos, son también hijos de la Ilustración.

No obstante, ha fracasado, por ejemplo, el proyecto de calificar de «ilustración católica» las medidas llevadas a cabo en Austria por el emperador José II o por algún prócer eclesiástico en su respectiva diócesis. Más fundamento tendría traer a colación la figura de Feijoo, pero, curiosamente, el tradicionalismo ortodoxo ha mostrado escaso interés por recuperar sus doctrinas y no se puede decir que, a pesar de las traducciones a otras lenguas europeas, diera pie a una corriente de pensamiento escéptico-crítico dentro del catolicismo europeo. Lo mismo se podría decir del italiano Ludovico Antonio Muratori, cuyos puntos comunes con la Ilustración son mínimos, pero que es capaz de hacer una autocrítica del cristianismo de su tiempo.